

CAPÍTULO XI.

EL GRAN JOSÉ.

§ I.



AMOS por un momento á contemplar la grandiosa figura de José, que tan suavemente se desprende del cuadro de los divinos pensamientos; figura, si queréis, en otro tiempo velada entre misteriosas sombras, mas que brilla actualmente con la luz de un sol de gloria.

¿Quién, al contemplarle, no ha exclamado una y otra vez: ¡Cuán grande es José; cuán santo y admirable es su ministerio? Su serena frente, su mirada dulce y apacible, su continente grave y majestuoso, nos llenan de respeto, y hacen que bajemos nuestros ojos; mas su rostro es apacible, y está lleno de bondad su corazón; podemos, pues descansadamente contemplar sus virtudes, sus grandezas y su santa protección.

Una palabra ha dicho el Evangelio para elogiarse: «Era justo» (1). Esta palabra es una aureola brillantísima que derrama la más pura y viva luz en nuestro amado Santo. Justo era José,

(1) Matth., I, 19.

y lo era en medio de la más terrible prueba, de la cual salió más justo todavía.

Dios mismo vino á enriquecer esa alma grande con nuevos tesoros de gracias y virtudes; y por esto, al despertar de aquel dichoso sueño en que le habló el ángel del Señor, José hizo lo que se le había mandado, y recibió á su Esposa.

Si queremos admirar otras de sus grandes virtudes, no tenemos sino abrir el Evangelio, donde descubrimos cómo cumple las órdenes de Dios. De nuevo le habla el ángel y le manda tomar al Niño y á la Madre, y partir á Egipto. Y levantándose José, tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto (1). ¿Puede haber obediencia más perfecta? Y si el ángel le ordena que vuelva á la tierra de Israel, al instante vuelve José; y si recibe aviso entre sueños que se aparte á Galilea, cumplirá lo que Dios dispone, viniendo á morar en la humilde Nazaret. Mas ¿cuáles son las preguntas que al ángel dirige nuestro Santo? ¡Oh, admirable silencio de su alma, incomparable resignación de su virtud! Así lo ordena la voluntad de Dios, José no tiene más que obedecer; ha dejado, por decirlo así, á un lado su razón: la más perfecta voluntad de cumplir lo que Dios le manda no le deja pensar en otra cosa; la pregunta sobre el tiempo que hubiera de permanecer en el destierro, ú otras semejantes, están más allá de lo que al presente tiene que cumplir: hállase el Señor tan cerca de él, y le inunda con tan pura luz, que parece no ser dable salga de esa atmósfera, ó vea

(1) Matth., II, 14.

otro objeto que aquel divino y celestial, en el que se ocupa de continuo.

El silencio de José parece no ser otra cosa que el vivo reflejo del éxtasis admirable en que tan dulcemente pasaba la existencia.

¿Intentaremos decir una palabra sobre el ardiente amor de Dios, que abrasaba de continuo el corazón del gran José? Tenía para con Jesús ternísimo afecto de padre; pero al mismo tiempo le veneraba con profunda y humilde adoración. ¡Cuántas veces, al verlo entre sus brazos, doblaría sus rodillas, rindiendo á sus pies todo su amor! Y ¡cuántas otras, lleno de confianza, lo estrecharía en su seno, cubriendo su frente de caricias y diciéndole dulcísimas palabras de ternura! Rodarían silenciosas las lágrimas por su semblante, y no pudiendo caber dentro del pecho tanto amor, dejaría al Niño en brazos de su Madre, retirándose á desahogar el fuego ardiente que abrasaba su alma. Y no era esto una que otra vez: las llamas de su amor eran continuas; los años no hacían sino avivarlas cada día con nueva fuerza, hasta llegar á consumir su vida.

Hé aquí los cimientos de la solidísima virtud del ilustre Patriarca, sobre los cuales descansaban sus admirables grandezas: eran éstas, columnas de mármol; aquéllos, basas de oro (1).

José fué delegado por Dios para padre putativo de Jesús; para esposo de María; ¿quién ha medido la grandeza del Verbo del Eterno, la dignidad casi infinita de su Madre? Y José cubre con el

(1) Cant., v, 15.

manto de su amparo al Hijo y á la Madre, y proyecta su sagrada sombra sobre los dos, cubriendo con su inefable y santo ministerio, á los profanos ojos, las profundidades de la Encarnación. Él es la sombra del Eterno Padre (1), no sólo porque siempre sigue su divina voz, y en todo le obedece con acabada perfección, mas también porque Dios le ha constituido Señor de su Casa, y Príncipe de todos sus dominios, porque ha puesto en sus manos sus más preciados tesoros: su Hijo y su Esposa. Después de esto, ¿quién podrá medir la grandeza de José? ¡Proteger un hombre á Dios, y Dios estar sujeto á un hombre! Y sin embargo de todo, el Padre entrega su Hijo en manos de José para que le salve y defienda de los que le persiguen, le alimente y haga para con Él todos los oficios de padre.

Respecto de María, Ella es la Hermosa, la muy amada y llena de dulzura, bella como Jerusalén, la sola Paloma del Señor, la Perfecta, la Esposa de Dios (2); y con todo, esa Virgen celestial une á José sus destinos temporales. Dios mismo le hace verdadero esposo de la Reina de los ángeles, á quien pone bajo la sombra de su mandato para que el Gran Patriarca sea, no sólo el custodio defensor de su pureza, mas también el testigo mayor de toda excepción en este punto.

Tiempo es ya que contemplemos la protección de José sobre el mundo.

La caída y la regeneración: hé aquí las dos

(1) Nicolás y Faber.

(2) Cant., vi, 3, 8.

grandes fases que presenta la humanidad, saliendo del Paraíso y atravesando los siglos hasta llegar al fin de su carrera. Dos han sido sus representantes: Adán, por lo que ve á la caída; y Jesucristo, en cuanto á la regeneración. Oigamos á San Pablo: «Por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte; así también la muerte se fué propagando en todos los hombres, por aquel en quien pecaron..... Mas si por el pecado de uno solo murieron muchos, mucho más copiosamente se ha derramado sobre muchos la misericordia y el don de Dios por la gracia de un solo Hombre, que es Jesucristo..... Así como el delito de uno solo atrajo la condenación á todos los hombres, así también la justicia de uno solo ha merecido á todos los hombres la justificación que da vida al alma (1); y siendo, en virtud de su sacrificio, no solamente el representante, mas también la causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (2).

En ninguna de esas fases contemplamos, según el sentido de San Pablo, la muchedumbre, sino la unidad que reúne y lleva en sí toda representación. Nosotros, pues, somos de Adán ó de Jesús, según que estamos caídos ó que nos hemos levantado. Hablamos en este último sentido. Ahora bien: es José el custodio de Jesús, y por lo mismo, de la humanidad entera. ¿Qué nos dice el Evangelio sobre el ministerio de aquel glorioso Santo para con Jesucristo? Levantándose de noche José, tomó

(1) Rom., v, 12, 15, 18.

(2) Heb., v, 9.

al Niño y á su Madre; y se retiró al Egipto. Notad la hora y el motivo de la partida; la noche y la persecución; y hé aquí los grandes riesgos de la humanidad recién regenerada, las necesidades que la afligen desde luego: el error, sombrío como la obscura noche; la persecución, tremenda cual visión de muerte, que hace desfallecer el ánimo. La humanidad, al ser llamada á la luz del Evangelio, no podía inmediatamente contemplar su inmensa claridad, ni descender á los abismos de sus profundos misterios: tanta luz podía cegarla; abismos tan profundos podían desvanecerla. Por esto, el gran Apóstol decía á los fieles de Corinto: «Yo no he podido hablaros como á hombres espirituales, sino como á personas aun carnales; como á niños en Jesucristo, os he alimentado con leche, y no con manjares sólidos, porque no erais todavía capaces de ellos: y ni aun ahora lo sois, pues sois todavía carnales (1). Mas quien se cría con leche, no es capaz de entender el lenguaje de perfecta y consumada justicia, por ser un niño en la doctrina de Dios. Mientras que el manjar sólido es de varones perfectos, de aquellos que con el largo uso tienen ejercitados los sentidos en discernir el bien y el mal (2). Tenemos, pues, que la incapacidad para recibir una instrucción completa, y el orgullo de la humanidad caída, que la inclinaba á rebelarse contra la ciencia de Dios, criaban á la naciente fe de los cristianos el peligro del error. Las fábulas del paganismo, por otra parte, rindiendo

(1) I Cor., III, 2.

(2) Heb., v, 13, 14.

culto á las pasiones, y el mismo error, buscando apoyo en la Academia, hacían inminente aquel peligro. El Señor envió desde luego hombres ilustres que mostraran la verdad con toda la pureza de su hermosura nativa, poniendo á la luz del mediodía la desnudez vergonzosa del error.

La persecución: segundo peligro de la humanidad regenerada; por esto, la cuna del cristianismo, durante tres centurias, bogó en la sangre de millones de sus mártires: tiempo en que muchos de sus hijos huían á la soledad de los desiertos, y se ocultaban en tenebrosas catacumbas.

¿Queréis que los cristianos se salven de la persecución y de caer en el error? Que José tome al Niño en sus brazos y de noche lo lleve á Egipto; que proteja á los hombres, extendiendo sobre ellos su manto, dirigiendo sus pasos al cielo y rogando por ellos á Dios.

Pero Nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho: «Sed vosotros perfectos, así como es perfecto vuestro Padre celestial» (1). Y el mismo Señor á unos ha constituido apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfección de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Jesucristo; hasta que arribemos todos á la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, según la cual, Cristo se ha de formar místicamente en nosotros....., que, siguiendo la verdad del Evan-

(1) Matth., v, 48.

gelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza (1). Por esto vemos que los hombres todos deben progresar, siguiendo siempre la esplendorosa luz de la verdad, sin apartarse de la senda que les tiene señalada la eterna justicia. En esta marcha jamás nos abandona la protección de José, á cuya sombra crecía Jesús en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

Tal vez la humanidad en su camino, como el Niño Jesús en otro tiempo, se sienta en el templo de la ciencia y la virtud; pero ni aun aquí puede ser abandonada; por esto José busca á su Hijo adoptivo, y, hallándole, lo lleva otra vez consigo. Y Jesús, añade el Evangelio, descendió con ellos, y estaba sujeto á sus padres. Ejemplo que la sabia humanidad imita fielmente cuando cautiva todo entendimiento en obsequio de Jesucristo (2): imitación que honra y eleva la humana ciencia, puesto que semejante obsequio es racional (3); mas cuando ella no lo rinde, arroja la virtud al cieno, y caen marchitas las flores de su frente, y cúbrese la ciencia del hombre con un velo.

Las consideraciones que preceden tienen mayor fuerza viendo á Jesús, no solamente cual representante de los hombres, mas también como cabeza de la Iglesia, la que es su cuerpo místico, del cual Él mismo es Salvador....., siendo nosotros miembros de su cuerpo, formados de su carne y

(1) Ephes., IV, 11, 15.

(2) II Cor., X, 5.

(3) Rom., XII, 1.

de sus huesos (1). Acércase entonces todavía más á nosotros el Gran Patriarca, y ya no ve en la Iglesia sino el cuerpo del Señor, que Dios mismo le ha confiado. Siendo esto así, la historia de la Iglesia, ¿nos podrá decir alguna cosa referente á nuestro objeto? Esa historia está escrita en el Evangelio. La luz del cielo que bañó las páginas de ese misterioso libro, ilumina el horizonte de la vida hasta el postrer confín donde la eternidad y el tiempo se dan la mano. El mismo Evangelio estaba escrito ya, siglos hacía, por los profetas; los frescos inmortales que conservamos de David é Isaías, entre otros muchos, demuestran lo dicho; por esto decía el Apóstol que los sucesos del antiguo pueblo de Dios eran figura de lo que atañe á nosotros (2); y si bien en el nuevo pueblo de Cristo esas figuras pasaron, y apareció la verdad, ésta es trascendental, de imitación; pues á los que Dios tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo, por manera que sea el mismo Hijo el Primogénito entre muchos hermanos (3). De aquí es que la verdadera historia de la Iglesia es su transformación en la misma imagen de Jesucristo, avanzando de claridad en claridad, como iluminada por el Espíritu del Señor (4).

Según lo dicho, tenemos que volver al Evan-

(1) Ephes., v, 23, 13.

(2) I Cor., x, 6.

(3) Rom., viii, 29.

(4) II Cor., iii, 18.

gelio. «Levántate, dijo el ángel á José, toma al Niño y á su Madre, y huye para el Egipto; porque sucederá que Herodes busque al Niño para matarlo.» Y levantándose José, tomó al Niño y á la Madre y se fué al Egipto. Tal es nuestra historia; y así la hallamos escrita en aquel sagrado libro: «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á Mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entesaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia mía que os dije: «No es el siervo mayor que su amo.» Si me han perseguido á Mí, también os han de perseguir á vosotros. Cuando en una ciudad os persigan, huid á otra» (1).

El Niño y la Madre se salvan de la persecución de Herodes por medio de José; asimismo la Iglesia y nosotros, sus hijos, nos ponemos en salvo también por José. Cierto es que el Apóstol nos dice que Jesús, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez; y que la muerte no tendrá ya dominio sobre Él. Porque en cuanto al haber muerto, murió una sola vez; pero en cuanto al vivir, vive para Dios y es inmortal (2). Mas la vida de Jesús, en nosotros es una gracia que podemos perder, renovando triste y dolorosamente su muerte (3). Si, pues, José ya no tiene que des-

(1) Joann., xv, 18, 20. Matth., x, 23.

(2) Rom., vi, 9, 10.

(3) Heb., vi, 6.

velarse por cuidar de la vida de Jesús, quédale todavía el cuidado de nosotros.

¿Queremos otra razón que nos descubra con mayor claridad, cómo nunca llegará á faltarnos el patrocinio de José? Recordemos el amor que Jesucristo tuvo á su Iglesia, por la cual se entregó á la muerte, según el lenguaje de San Pablo, el que añadía: «Quien ama á su mujer, á sí mismo se ama. Ciertamente que nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida, así como también Cristo á la Iglesia.... (1) Sacramento es éste grande; mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia» (2). Hé aquí la divina economía de la Encarnación del Verbo de Dios, como un título presentado á los ojos de José, cual título cien veces glorioso é irrecusable, demandando protección. Preciso es, por tanto, que José tome al Niño y á su Madre, y los tenga siempre á la sombra de su amparo. Y ciertamente que el Gran Patriarca nos hará escuchar estas palabras: «Seré para vosotros Padre; hijos para Mí seréis vosotros.»

Pasa la vida, tal vez, cual torrente que atruena con sus ecos las montañas que, lleno de espuma, cae formando cataratas; que rueda al través de precipicios, que sigue un camino violento y caprichoso (3): otras veces es la vida como un río que lleva sus aguas mansamente á lo largo de valles hermosísimos, entre flores y perfumes: vednos,

(1) Ephes., V, 25, 28, 29.

(2) V, 32.

(3) Ps. CXXV, 4.

pues, ó en el sufrimiento tormentoso y febril de las pasiones, ó por éstas mismas corrompida ya y gastada la existencia con el encanto voluptuoso del placer. Mas José tendrá cuidado de sus hijos, y á salvo los pondrá de todos los peligros. En otro tiempo, inconsolable buscó á Jesús, y lo halló en el templo; á nosotros nos va también buscando á todas partes, y al hallarnos, llévanos consigo, y nos pone bajo su sagrada sombra. ¡Dichosos mil veces si permanecemos siempre sujetos á su imperio; si vivimos en su casa, pues entonces no nos llegará el mal, ni el azote nos podrá tocar! (1). ¿Dónde nos podremos ocultar á sus miradas, ó escapar á los cuidados de su amor?

La humanidad regenerada, donde quiera que estampa sus pisadas lo hace en unión de Jesucristo. «Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos (2). Ciertamente que todas las cosas son nuestras; pero nosotros somos de Cristo (3). Todas las vías del verdadero progreso son las vías de Cristo, puesto que Dios ha querido restaurarlo todo, en el cielo y en la tierra, en su Hijo Divino (4).

Si en ningún lugar dejará de protegernos el ilustre Patriarca, tampoco los siglos podrán gastar la eficacia de su santo patrocinio: Jesucristo, á quien se ordena y de quien viene la fuerza de ese

(1) Ps. XC, 10.

(2) Rom., XIV, 8.

(3) I Cor., III, 22, 23.

(4) Ephes., I, 10.

patrocinio, el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos de los siglos (1), lleno de grandeza y poderío. La Iglesia sigue por el mundo una marcha dilatada y peligrosa; el cuerpo místico del Señor se halla expuesto á mil peligros; la misión, pues, del gran José no concluye aún; tendrá que ir acompañando á la Esposa del Cordero hasta que, abriéndole las puertas de la gloriosa eternidad, la entregue en manos del Señor.

José protege en todas partes al Niño; ¿hace, por ventura, lo mismo con la Madre? María es el tipo acabado y perfectísimo de la mujer regenerada; y María es protegida por José como Niña; es amada como Esposa, y es, en fin, colmada de respeto como Madre: la libra de todos los peligros y de triste y amarga orfandad; la ve como riquísimo tesoro que el cielo le ha confiado; la presenta toda la ternura de su amor, la fidelidad de su pureza; hace descansar en Ella toda su confianza, y la respeta como Madre de su Dios. Que la niña, la casada, la mujer, en fin, en todas las condiciones de la vida, se cubra con el manto de José y bendiga á Dios que le ha dado tan digno y glorioso protector.

Admirable, pues, é imponente es la marcha de José al través de los siglos, protegiendo al mundo: que las generaciones todas se inclinen á su paso y entonen sus cantos de alabanza y bendición á ese ilustre hijo de David; alabanza que dure sobre nuestros labios mientras los ríos desagüen en los mares y el sol dore las altas cumbres de nuestras

(1) Heb., XIII, 8.

montañas; mientras, en fin, los astros todos del firmamento derramen su luz sobre la tierra.

Descúbrenos lo dicho la gloria y excelencia del gran José, el cual, si es comparado con los más ilustres santos de la antigua ley, descuella airosamente sobre todos. Allí tenemos al hijo de Jacob, el patriarca que llevaba el mismo nombre que nuestro glorioso Santo, de quien fué una bella imagen: aquél hijo es el salvador del Egipto, modelo de pureza y de dulzura, grande en la corte de Faraón, hijo querido, que mereciera oír de los labios de su padre moribundo estas palabras: «Hijo que crece, José; hijo que crece y de hermoso aspecto: las doncellas corrieron sobre los muros para verlo..... El Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones de lo alto del cielo, de bendiciones de los manantiales de aguas abundantes de acá abajo, de bendiciones de leche y de fecundidad. Las bendiciones que te da tu padre sobrepujan las bendiciones de sus progenitores hasta que venga el Deseado de los collados eternos: cúmplanse en la cabeza de José y sobre la coronilla de la cabeza del nazareno entre sus hermanos» (1).

Grande fué, ciertamente, el muy feliz hijo de Jacob, amado de su padre, lleno de bendiciones entre los de su familia, auxiliado del Omnipotente..... Mas ved lo que pasa respecto de nuestro glorioso Santo: afortunado entre todos los mortales, escogido para esposo de la Inmaculada Virgen y padre putativo del Divino Salvador, ¿qué son, á

(1) Gen., XLIX, 22, 26.

éstas comparadas, las bendiciones de los manantiales de limpias y abundantes aguas, de fecundidad y leche? Ciertamente es que Dios le da su diestra y le ampara con especial y divina protección; sin ella, ¿qué sería José? Mas ¿no es el mismo Dios quien se pone entre sus brazos, y el que también en sus primeros años se deja conducir por su mano?

Moisés, el gran amigo del Señor, conversa con un ángel (1) en la cumbre del Sinaí, y recibe las tablas de la ley; mas José trata con el mismo Dios, á quien tiene como á su hijo.

David y Salomón, colocados en el trono de Judá, inspirados de Dios para cantar sus alabanzas, ¿podrían igualar, en medio de su gloria, la grandeza de José? David manchó sus manos con la sangre de sus enemigos; Salomón empañó tristemente con sus crímenes el brillo de su trono, y jamás pudo vestirse tan lujosa y ricamente como el carpintero de la humilde Nazaret, cuyo ropaje fué sencillo, pero siempre estuvo puro, cual el cándido lirio de los valles. Mas ¿á qué recordar, la virtud de los santos de la ley antigua, y los demás hombres levantados por la mano de Dios en otro tiempo, para llevar á cabo misiones importantes? Todos ellos vinieron á morir sin haber recibido los bienes que se habían prometido, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos (2). José tiene consigo al Deseado de las naciones, vi-

(1) Act. VII, 38.

(2) Heb., XI, 13.

viendo largos años bajo el mismo techo y gozando su trato familiar, y llamándole con el nombre ternísimo de hijo: no le designa solamente como el gran Bautista; mas en su infancia le toma en brazos cual si fuera su hijo; y si el Niño crece, se halla siempre al lado de José.

Bueno es para nosotros detenernos siquiera unos momentos al pie del trono de tan gran Patriarca, para encender más y más en el alma la pura llama de su santo amor. Ciertamente, la luz que se desprende de ese trono y envuelve á nuestro amado, no dejará que lo veamos en toda su grandeza; ésta misma, y la profunda veneración que le tenemos, hácenos inclinar la frente y esperar humildes su dulce bendición. Conocemos su bondad, y confiados, sin mérito ninguno, le pedimos que ruegue por nosotros al Señor. Cuando decimos esto, recordamos las siguientes palabras de los libros santos: «Vosotros, los que hacéis memoria del Señor, no estéis callados, y no estéis en silencio delante de Él: rogadle» (1). Delante de José abrimos nuestros labios y derramamos todo el corazón, implorando una y otra vez su santo patrocinio.

¡Oh José, ilustre protector de los mortales, que en otro tiempo defendiste la vida de Jesús cual su ángel tutelar; que lo llevaste por los caminos del desierto, y después tantos años lo tuviste contigo en Nazaret: llévanos de la mano en todas las sendas de la vida; haz que marchemos bajo la sombra de tu manto, para vernos libres de


(1) Isa., LXII, 6, 7.

todos los peligros y bendecir eternamente tu nombre y la bondad que nos dispensas en la vida.

CAPÍTULO XII.

CANÁ DE GALILEA.

§ I.

ERCÁBASE el tiempo de la predicación y vida pública del Divino Salvador: Su Majestad vino á las riberas del Jordán para ser bautizado por su Precursor, el cual se resistía, diciendo: «Yo debo ser bautizado por Ti, y ¿Tú vienes á mí?» A lo que respondió Jesus diciendo: «Déjame hacer ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia.» Juan entonces condescendió con Él. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre Él, y oyóse una voz del cielo que decía: «Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia» (1).

El Bautista, que vió descender la Divina Paloma sobre Jesús, exclamó diciendo: «Yo he visto

(1) Matth., III, 13, 17.

al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma, y reposar sobre Él. Yo antes no lo conocía; mas el que me envió á bautizar con agua, me dijo: «Aquel sobre quien vieres que baja el »Espíritu Santo y reposa sobre Él, ése es el que »bautiza en el Espíritu Santo». Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios....., el Cordero de Dios» (1). ¡Cuán hermosa y pura brilla la gloria de Jesús! Hoy es, en cierta manera, el día del nacimiento del Divino Salvador. ¿Por ventura los cielos, al abrirse, la voz del Padre, la cándida Paloma descende de lo alto, no nos descubren que Jesús es el Hijo de Dios vivo? En otro tiempo el Espíritu Santo fecundó el seno de María; hoy, en medio de las aguas, envuelve con su luz al Divino Salvador. La virtud del Padre cubrió con su sombra, allá en Nazaret, á la Sagrada Niña; hoy su voz da un testimonio á la verdad (2). Al presente, Jesucristo se descubre con mayor y más hermosa claridad, y por lo mismo son más brillantes los milagros que se realizan al ser bautizado: no es la estrella, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni Gabriel, ni Miguel, quien lo anuncia; es la voz del Padre, es el Divino Espíritu, que descende y permanece en Él (3) por siempre.

Quando Jesús ha sido bautizado, el Espíritu de Dios lo lleva al desierto, donde es tentado por el

(1) Joann., I, 32, 36.

(2) D. August., Serm. I, Dom. inf. oct. Epiph.

(3) D. Chrysost., homil. XI, in Joann.